

Martín Heidegger, la poesía y el silencio

Jaime Labastida

Entre los múltiples problemas a que nos arroja el pensamiento de Heidegger elijo uno solo, difícil en extremo: el de la posible, jamás resuelta relación (vinculación necesaria, si se prefiere) de la poesía y el pensamiento. En *Ser y tiempo* fue dicho que “sólo en el genuino hablar es posible un verdadero callar. Para poder callar necesita el ‘ser ahí’ tener algo que decir... El silencio es un modo del habla” (Heidegger, 1984: 184). Años más tarde, Heidegger precisó: “Los mortales hablan en la medida en que escuchan. Están atentos a la invocación del mandato del silencio” (“El habla”, *De camino al habla*, Odós, p. 29). De súbito, pues, Heidegger nos sumerge en una relación contradictoria entre silencio y habla.

Para entenderla, cabe retroceder. Hablar es un modo de oír. ¿Qué se escucha? Heidegger se remonta a Grecia y busca el sentido de la verdad, la relación entre ser y *logos*. Preguntar por el sentido del ser posee un sentido: “todo preguntar es un buscar. Todo buscar tiene su dirección previa que le viene de lo buscado” (*Ser y tiempo*, 2; Gaos, p. 14). ¿Qué quiere decir? Parece como si lo buscado por sí mismo buscara y encontrara preguntas que lo expresaran. “A las significaciones les brotan palabras, lejos de que a esas cosas que se llaman palabras se las provea de significaciones” (*ibid*, 34; Gaos, p. 180). “Al hablar le son inherentes... oír y callar. Hablar es articular ‘significativamente’ la comprensibilidad del ‘ser en el mundo’.”

Así, conforme a este supuesto, Heidegger propone una significación extraña del concepto griego (clásico) de verdad, que se dice *alétheia* y que une a los conceptos de *apóphansis* y *phainómenon*. Como se sabe, el verbo de fenómeno es *pháinesthai*, mostrarse, aparecer. A su vez, *pháinesthai* es una forma del verbo *pháino*, cuyo significado prístino es “hacer brillar” (de donde, pongo por caso, Saturno sea el *áster pháinon*, la

estrella que brilla). Heidegger recuerda que en el radical del verbo está la misma raíz de la luz, *phós*. Así, el discurso apofántico sería aquel que mostrara, a la luz del día, la luz vertical del sol griego, la luz del sol a mediodía, el ser de los entes.

La verdad es, para Heidegger, des-cubrir, un modo por el que el “ser ahí” des-cubre el sentido del ser. La verdad des-cubre al ente en sí mismo, permite ver el ente en su condición de des-cubierto. La verdad no es “adecuación” entre intelecto y realidad, sujeto y objeto, concepto y cosa, sino un “permitir ver” el ente en sí mismo. De ahí que aun el sentido de *apóphansis* sea para Heidegger el de mostrar o hacer ver y por eso *a-létheia* tiene el sentido de des-ocultar. Desde luego, Heidegger se cuida de advertir que su definición de verdad (“estado de des-cubierto”, “ser des-cubridor”) no es una explicación etimológica de la palabra *alétheia*. Para él, en el *logos*, los entes se muestran, en su “estado de des-cubiertos”, como ya antes eran.

La verdad es una estructura existencial del “ser ahí”, cuyo fundamento ontológico es el habla. El “ser ahí” ha sido arrojado en el “mundo”, cuyo sentido hace visible el *logos*. Otro problema entra aquí, y es decisivo. *Logos* significa, para Heidegger, hacer patente aquello de que se habla; el *logos*, por lo tanto, des-cubre el ser. No se trata de un fundamento, como si el *cogito* fundara la *res extensa*. El *logos* permite ver el ser, des-ocultarlo, ponerlo a la luz, hacerlo visible. Dice Heidegger: “El *logos* permite ver algo (*pháínesthai*), a saber, aquello de que se habla, y lo permite ver *al* que habla o a los que hablan unos con otros” (*Ser y tiempo*, 7; Gaos, p. 43).

El concepto de verdad tiene en Heidegger carácter ontológico. No puede reducirse a la sola epistemología ni a una simple teoría del conocimiento. Es cierto que, desde un ángulo estricto, la palabra *alétheia* no tiene el significado que Heidegger le atribuye. Se sabe que, en la Grecia arcaica de Homero y Hesíodo, la palabra *alétheia* se opone a *Lethé*, Olvido. El poeta épico, ayudado por la madre de las musas, Mnemosine, Memoria, canta a los héroes; los rescata de *Lethé*. Dice Marcel D  tine:

Vituperio es el aspecto negativo de Elogio: simple doblete de *Leth  *, se define como Silencio. Olvido y Silencio, he ahí la potencia de muerte que se dibuja frente a la potencia de vida. Tras de Elogio y Vituperio, la

pareja fundamental de potencias antitéticas la forman *Mnemosine* y *Lethé* (*Les maîtres de vérité dans la Grèce archaïque*, La Découverte, París, 1990, p. 22).

El sentido original de la palabra Verdad, *alétheia*, en la Grecia arcaica, no es el de adecuación entre concepto y cosa (a Heidegger le asiste la razón), pero tampoco el de un des-ocultamiento del ser. *Alétheia* tiene un sentido verbal fuerte y puro, la Voz del poeta que canta, con ayuda de la diosa *Mnemosine*, a los héroes y los rescata del Olvido. Tampoco se trata de la palabra que se opone a falsedad o mentira. Ahí no existe lo verdadero frente a lo falso. *Alétheia* se opone a *Lethé*. *Alétheia* es, llanamente, lo opuesto a *Lethé*, Olvido. Su traducción literal tal vez sea la de “No-Olvido”.

Voy a la raíz de *alétheia* aunque no me interese la precisión semántica. Sé que la interpretación de Heidegger no es de carácter etimológico, sino que tiene un sentido fundante. No es la traducción de un lingüista; es la interpretación de un filósofo. Aquí el error es un acierto. ¿Qué es lo que me interesa poner en relieve? La verdad, *alétheia*, guarda en Heidegger estrecha relación con el sentido de la vista (por lo tanto, con la luz). No busca oponer oscuridad y luz. Sin embargo, funda la oposición-relación entre habla y silencio, entre la palabra y el acto de oír. “Hacer poesía, *dichten*, significa re-decir (*nach-sagen*), esto es, decir de nuevo la eufonía pronunciada por el espíritu del Retraimiento. Antes de ser un decir en el sentido de la afirmación, hacer poesía es, durante la mayor parte del tiempo, un oír” (“El habla en el poema”, *De camino al habla*, p. 65). Oír y Ver, sí, pero, ¿qué se ve? ¿Qué se escucha? Heidegger privilegia, entre los cinco sentidos, el de la vista. Y, luego, el del oído. En cambio, palpar, conocer por el tacto (goce, placer sensual de la piel); gustar, paladar (conocer por la lengua, aquí instrumento sensual que distingue sabores, de donde el latín fundó las palabras saber y sabiduría, que llegan hasta el español: *sophía* se tradujo en *sapere* y *sapientia*); oler, diferenciar por el olfato (¿acaso no dejó dicho el viejo, el sagaz Heráclito, que “si todas las cosas se hiciesen humo, las distinguirían las narices”? Bywater, 37): ninguno de esos tres sentidos guarda, en Heidegger, la condición privilegiada que tienen la vista y el oído (lo mismo que en Heráclito, por lo demás).

Es asombroso que el lenguaje no establezca el privilegio de la voz como un sentido. Heidegger relaciona el habla con el oído, pero no hay “sentido” de la fonación. Los sentidos son padecimiento, un *pathos*. Como si fueran pasivos y no activos. Incluso el modo como se presenta la verdad es, según Heidegger, “estado de descubierta”, no una acción sino una pasión. El habla guarda relación con el oído y el silencio. “¿Qué es?”, pregunta la mujer al marido, en la noche atroz de “Luvina”, el cuento de Juan Rulfo. “¿Qué es qué? —Eso, el ruido ese. —Es el silencio”.

El español no distingue entre la lengua, como instrumento de la fonación, y la lengua, como idioma o lenguaje. Pero en griego no es lo mismo *glossa* que *logos*. En latín, “verdad” guarda una estrecha relación, más que con el mostrar a la luz, con el hecho de hablar y con una forma especial de habla, litúrgica. *Verum* se halla asociado a la sinceridad; por lo tanto, a una actitud especial de quien emite la voz, o sea, a la disposición del sujeto para estar de acuerdo con lo que dicta su corazón. Como en los idiomas mesoamericanos, en los que “hablar con verdad” es hablar con sinceridad.

Todo cuanto llevo dicho hasta aquí, ¿qué importancia tiene, si alguna? Heidegger dice que el mandato del silencio surge cuando la lengua desfallece. Acudo a José Gorostiza: “el hombre descubre en sus silencios/ que su hermoso lenguaje se le agosta,/ se le quema —confuso— en la garganta/... en el minuto mismo del quebranto”. Para Heidegger, la poesía nace “donde no encontramos la palabra adecuada, cuando algo nos concierne, nos arrastra, nos oprime o nos anima” (“La esencia del habla”, *De camino al habla*, p. 145).

ENTRAMOS EN UN ASPECTO FUNDANTE, EL DE LA HERMENÉUTICA

Para Heidegger, la hermenéutica, más que interpretar, tiene el significado de “mensaje del destino”, en tanto que Hermes es el dios que porta un mensaje; se trata de “prestar oído a un mensaje... de llevar a la luz el ser de lo existente... de forma que el ser mismo llegue al resplandor” (“De un diálogo acerca del habla”, *De camino al habla*, pp. 110 y 111).

Una vez más, el sentido de la escucha y del ver adquieren su plena significación. ¿Qué se escucha? ¿Qué se ve? Se escucha el sentido del ser: a eso hay que prestar oído. Se ve al ser cuando se le lleva hasta el resplandor. Así entiende Heidegger la expresión de la verdad: “Antes de que fuesen descubiertas, las leyes de Newton no eran ‘verdad’... Decir que las leyes de Newton no eran antes de él ni verdad ni falsedad no puede significar que no fuesen antes de él los entes que estas leyes muestran descubriendo” (*Ser y tiempo*, 44; Gaos, p. 248). El *logos* está en el ser y empuja hacia su expresión; *logos* es orden del ser. Para Hegel, dice Heidegger, y lo dice como si fuera a propósito de sí propio, “la ‘ciencia’, o lo que es lo mismo, la metafísica, no es precisamente ‘lógica’ porque la ciencia tenga como tema el pensar, sino porque el asunto del pensar sigue siendo el ser” (*Identidad y diferencia*, Anthropos, p. 127).

Hay, lo diré así, un isomorfismo entre la estructura del *logos* como orden del ser y la estructura del *logos* como habla. No se trata de adecuación entre concepto y cosa. Se trata, en sentido profundo, de la estructura ontológica, existencial, del “ser ahí”. El mandato del silencio, la escucha, el proceso que lleva a la luz, por intuición, el sentido del ser; la vista y el oído: todo es, pues, en Heidegger, una forma existencial del “ser ahí”, atento a la voz, que sólo se expresa en el “ser ahí”, del *logos*. No me oyen a mí, dice Heráclito, sino a *logos*. De lo profundo del ser viene el silencio. Oír el silencio significa, pues, entender el sentido del *logos*, del ser.

Por esa causa, “el habla es la flor de la boca”; “decir significa: mostrar, dejar aparecer, ofrecimiento de mundo en un Claro que al mismo tiempo es ocultación”. En tanto que el “ser ahí” es ser para la muerte, “los mortales son aquellos que pueden hacer la experiencia de la muerte como muerte. El animal no es capaz de ello. Tampoco puede hablar. Un fulgor repentino ilumina la relación esencial entre muerte y habla pero está todavía sin pensar” (“La esencia del habla” *De camino al habla*, pp. 184, 192 y 193). Aún más que nombrar las cosas, la poesía tiene una función primordial: “decir y ser, palabra y cosa, se pertenecen mutuamente”; poesía y pensamiento se revelan “como la inscripción inmemorial del destino humano; se pertenecen mutuamente. Su encuentro es de procedencia lejana” (“La palabra”, *ibid.*, p. 213). En Heidegger la lengua no es nomenclatura: “aquello que en cada caso nombramos con una

palabra nunca ostenta la palabra conveniente a título de nombre, como si fuera un rótulo... Lo que nombramos es, antes bien, sin nombre... Muchas cosas hay a menudo indecibles” (“Debate en torno al lugar de la serenidad”, *Serenidad*, Odós, p. 53). El habla se despliega en el tiempo, como el ente es *parousía* o *ousía* y se concibe, en cuanto a su ser, como *presencia* y, añade, “se le comprende por respecto a un determinado modo del tiempo, el presente” (*Ser y tiempo*, 6; Gaos, p. 36).

Al preparar la experiencia de pensamiento y habla, se busca “la vecindad de la poesía”. De ahí que dice por ello Heidegger,

la relación entre cosa y palabra es de las cuestiones primordiales que el pensamiento occidental ha suscitado, particularmente en la figura de la relación de ser y decir. Esta relación subyuga al pensamiento de manera tan pasmosa que se anuncia con una sola palabra. Ésta dice: *logos*. Pronuncia simultáneamente el nombre para ser y decir (*ibid.*: 164).

Más aún que forma de conocimiento, en este sentido profundo, la poesía es un modo de “estar a la escucha”, de oír el mandato del silencio, de abrirse al ser. La palabra da voz al silencio. Escuchar y hablar son actos paralelos: el silencio nace del ser. El habla es la iluminación por la que se trae a la luz el sentido del ser, poesía es *logos*. La palabra es un *koinón*, bien común. La poesía es, al mismo tiempo, “la obra más peligrosa” y “la más inocente de las ocupaciones”, recuerda Heidegger al citar a Hölderlin (“Hölderlin y la esencia de la poesía”, en *Arte y poesía*, FCE, p. 109).

Ahora bien, por último, el recurso de Heidegger a la tradición griega; su búsqueda de raíces para determinar así la relación entre ser y pensar, ¿de dónde viene? La lengua griega posee el verbo *ser* que, dice Émile Benveniste, no es necesario en todas las lenguas. Es posible que la reflexión entera de la filosofía occidental (incluida la de Heidegger) se derive de una situación lingüística especial de las lenguas indoeuropeas, en que las nociones lingüísticas y las formas nominales se tratan como “cosas” (“Categorías de pensamiento y de lengua”, en *Problemas de lingüística general*, I, Siglo XXI, pp. 63-74). Con todo, Heidegger abrió un camino inmenso para explorar la relación entre poesía y pensamiento, que pasa por la comprensión del silencio.